

Lucio Colletti y el problema de la cientificidad del marxismo

CARLOS A. PREGO

El presente trabajo¹ constituye un intento de evaluación de conjunto de la obra del brillante y polémico pensador italiano Lucio Colletti, desde un ángulo particular: el problema de la cientificidad del marxismo. Aunque parcial y limitado, nuestro punto de vista ancla en un rasgo consustancial al marxismo desde su génesis: su nexa privilegiado y consciente con el pensamiento científico moderno, cuya extensión al ámbito de la historia ha constituido quizás su cometido teórico más relevante.

No hace falta insistir demasiado en el carácter singular y contrastante de la evolución del pensamiento collettiano: de quien fuera calificado en su momento “el máximo obispo del marxismo teórico italiano” (para usar la colorida expresión del colaborador de *Mondoperaio* que lo entrevistara en 1977)² y culmina, en el presente, con afirmaciones como la de que no es sólo que el marxismo esté hoy falto de valor cognoscitivo, sino de que representaba mera ideología, “falsa conciencia”, incluso en los momentos y circunstancias en que parecía estar “a la altura de los tiempos y de los desarrollos reales”. El pronunciado arco de tal evolución nos advierte ya acerca de la necesidad de proceder a cierta periodización básica del desarrollo del pensamiento de nuestro autor, capaz de recoger los aspectos esenciales de aquel proceso y proveer una clave para el desciframiento de su significación, de modo de tornar visible la presencia tanto de elementos de ruptura como de aquellos definidos por la continuidad. Hablaremos así de una primera fase, la de *Il marxismo e Hegel* (en sus dos partes), dominada por la influencia dellavolpiana (1958-69), seguida

¹ Este artículo es una versión ampliada de la ponencia presentada en el III Congreso Nacional de Filosofía, Guadalajara, noviembre de 1985. Mi primer acercamiento a la obra de Colletti se realizó a través del fecundo seminario de Filosofía de las Ciencias Sociales dirigido por el profesor Hugo Zemelman en la División de Posgrado de Ciencias Políticas (UNAM), a partir de 1977. Por otra parte, es difícil exagerar la deuda que la orientación general del trabajo tiene para con las ideas del profesor Manuel Sacristán, expresadas en su obra y en el seminario referido en la nota 6; sin embargo, él no conoció su contenido.

² Cf., la reproducción de dicha entrevista en 1978-c, cap. IX; la cita corresponde a la p. 148, y la siguiente a la p. 145 (la traducción es nuestra).

por una fase de *transición*, que ubicaremos entre los trabajos de 1968-69 (recogidos en *Ideología y sociedad*) y los de 1974,³ etapa caracterizada por la irrupción de una serie de temas críticos, antes soslayados, que giran en torno al problema axial de la enajenación; para culminar con el último Colletti, cuya orientación global aparece significativamente expresada por los títulos de sus obras, *Entre marxismo y no marxismo* y *La superación de la ideología* (cf. 1978-c y 1980-b, respectivamente).

I

Comenzaremos con el primer volumen de *El marxismo e Hegel* (original de 1958), donde se aborda con cierta extensión el problema de la ciencia y lo científico,⁴ lo cual conforma un buen punto de partida si tenemos en cuenta la ausencia casi completa de una formulación sistemática al respecto, a pesar de la centralidad del tema en su pensamiento. De inmediato emerge una de las características más generales y persistentes de su relación con el tema, y que tiene que ver con el nivel de su tratamiento: el problema de la naturaleza de la ciencia se asume en el interior de una problemática mucho más amplia y genérica: en su reflexión sobre al obra de Marx, sus puntos de referencia centrales son, como es sabido, Hegel y Kant; los términos fundamentales del planteamiento: la confrontación entre materialismo e idealismo; su orientación básica: la contraposición de principio entre materialismo y dialéctica; en síntesis, podríamos decir que su discurso se desenvuelve en el terreno de una teoría *general* del conocimiento más que de una específica filosofía de la *ciencia* actualizada en los ricos desarrollos que ha vivido esta disciplina a lo largo de nuestro siglo.

Tal perspectiva se refleja en un tipo de tratamiento del conocimiento científico en términos de ciertas contraposiciones muy generales de atributos, a través de las cuales se le distingue del discurso especulativo y apriorista: causal vs. teleológico, empírico (“determinado”) vs. metafísico (“genérico”), verdad como correspondencia vs. coherencia; y por detrás de todo ello, como verdadera piedra angular, el principio de no-contradicción o “determinación material”, entendido esencialmente a partir de la tesis de la *heterogeneidad* entre pensamiento y ser. En este marco se formula lo que intenta ser el aporte más específico respecto a las características del conocimiento científico: la llamada “teoría de la abstracción determinada”, cuya parte más positiva constituye un esfuerzo por rescatar el aspecto de especificidad o historicidad de las categorías marxianas (principalmen-

³ Trátase, en lo esencial, de *Marxismo y dialéctica* (1974-c) y la entrevista con P. Anderson (1974-b). Para la determinación del inicio de esta etapa de transición, nos hemos apoyado en la proposición de M. Fugazza (1975), p. 81.

⁴ Principalmente en el cap. II, sec. a, y en fragmentos de los caps. V-VII, espec. pp. 150-56, 179-89 y 227-35, respectivamente.

te en la segunda mitad del cap. VI, pp. 189-214).⁵ La elaboración procede incorporando categorías meta-científicas fundamentales, a través de un desarrollo mayormente especulativo, si bien sugerente. Es así como la noción de ley científica, por ejemplo, es pensada a partir de la “unidad de razón y experiencia”, y concebida como “racionalidad empírica o necesidad del hecho” (1958:60).

Sin embargo, es nuestra tesis que el verdadero punto nodal de la concepción de la ciencia subyacente a esta obra, más allá de las aproximaciones y elaboraciones que acabamos de reseñar, ha de encontrarse en sus afirmaciones a propósito de la “ciencia de la historia”, aquella que fundara Marx incorporando este ámbito al universo científico. La singular torsión que sufre a manos de Colletti la idea de ciencia, en cuanto es utilizada para representar conceptualmente la naturaleza del marxismo, queda reflejada en aquellos célebres pasajes del cap. VI:

La lógica se constituye al tiempo que la sociología, con esa misma relación de unidad-distinción que mantienen entre sí conciencia y ser social: la lógica entra, por tanto, dentro de la ciencia de la historia y la ciencia de la historia entra a su vez dentro de la historia. La sociología pasa a alimentar la técnica del político, se hace lucha para la transformación del mundo. La práctica es funcional al producirse de la teoría y la teoría es una función de la práctica. La ciencia se verifica en la sociedad y como sociedad, y la vida asociada, a su vez, es un experimento que se actúa en el laboratorio del mundo. Ciencia es, por tanto, la historia en tanto que *historia rerum gestarum*, práctica-teoría; pero ciencia son también las *res gestae* mismas, teoría-práctica; dicho con un gran pensamiento de Engels, “la historia es experimento e industria”. Se comprende ahora la estructura de la obra de Marx, el profundo nexo existente entre el “profeta”, es decir, el político, y el científico. . .

Ciencia-historia, pues; una historia que procede con hipótesis de trabajo, una vida que es constantemente anticipación de la vida y que se verifica en ella [pág. 188-89].

A los fines de la comprensión en términos de una perspectiva más amplia, no debemos olvidar que estamos ante un texto fundamental de la fase típicamente dellavolpiana de Colletti, expresada en la interpretación de Marx como “Galileo del mundo moral” (1974-b:76). A la luz de este hecho, las afirmaciones centrales de los párrafos transcritos parecen completar un circuito de movimientos contrapuestos pero complementarios en sus efectos: 1) una operación reduccionista por la cual la complejidad y diversidad interna de la obra de Marx (donde se conjugan de un modo *sui-generis* orientaciones teóricas y prácticas, componentes positivos y programáticos) es drásticamente nivelada al tenor de su elemento *científico* (el

⁵ Esta elaboración es retomada y desarrollada en el vol. II, en la segunda parte del cap. VIII.

referido “galileísmo moral” como clave interpretativa del marxismo *tout court*); 2) pero por otra parte se realiza, de un modo encubierto, una operación de ensanchamiento o dilatación de los contenidos incluidos en la noción de ciencia, por la cual ésta se expande para incorporar no sólo, por una parte, el conjunto de la problemática meta-científica (el análisis de la estructura, los supuestos y los criterios de fundamentación del conocimiento científico mismo), sino aun, en el otro extremo, el ancho mundo de *la vida*, asumiendo así la pretensión de un saber positivo cuya estructura conceptual posea un carácter tan peculiar y potente que sea capaz de dar de sí no meramente una explicación teórica del acontecer real, sino también de producir decisiones prácticas. Dicho en otras palabras, si la idea de concepción del mundo ha sido estricta y explícitamente excluida de toda relación positiva con el marxismo es porque ha sido previamente —y de un modo subrepticio o implícito— incluida en él. El saldo neto de estas operaciones es algo así como una “super-ciencia”⁶ (el marxismo), capaz de mantener su cientificidad incluso cuando abandona el terreno positivo para comprometerse resueltamente, en el conflicto histórico-social de intereses y proyectos, con una de las fuerzas fundamentales en pugna. De ahí, por lo demás, la forma *inmediata* que asume en este discurso la relación ciencia-ideología.

El resultado paradójico de tal planteamiento es una singular aproximación al sentido más tradicional de las antiguas concepciones del mundo o cosmovisiones, “pseudo-sistemas de corte romántico” —afirma agudamente Manuel Sacristán— en que la argumentación, aparentemente teórica, desliza “juicios pragmáticos de valor o de finalidad no reconocidos como tales”, composición ésta que “resulta científicamente insostenible, y se hunde en cuanto que se la examina con los medios de la crítica epistemológica” (*cf.* 1967:31). Lo paradójico se torna patente al recordar las categóricas afirmaciones con que el propio Colletti, en su debate de 1959 con Gerratana, descalifica justamente tales “síntesis generales”: “un resultado cognoscitivo del que nadie se responsabilizaba, ni las ciencias particulares ni la filosofía como tal” (*cf.* 1959:85).

II

Las confusiones y tensiones internas que caracterizan a toda esta perspectiva aparentemente unitaria que acabamos de esbozar hacen eclosión una década después para dar paso a una temática nueva signada por el

⁶ Esta expresión es del profesor Manuel Sacristán, y fue utilizada en el Seminario sobre “Inducción y dialéctica” que impartió en el Centro de Estudios Básicos en Teoría Social, durante el año que permaneció en México como profesor visitante de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM (1982-83). *Cf.* asimismo su (1978), p. 94. Esto no lo compromete, desde luego, con la elaboración de la idea que aquí se ofrece.

desgarramiento o, al menos, la confrontación, iniciando el paso de la fase "clásica", dellavolpiana, a un incierto y crítico período "de transición". Quizás lo más característico de ella consiste en la irrupción o eclosión de un abigarrado conjunto de motivos críticos, no siempre claramente formulados ni suficientemente delimitados, y menos aún articulados sistemáticamente: ⁷ ciencia positiva y ciencia crítica, ⁸ ciencia e ideología, ⁹ juicio de hecho y juicio de valor, ¹⁰ ciencia y conciencia, ¹¹ teoría y praxis, o ciencia y revolución, ¹² causalidad y teleología, ¹³ unidad y autonomía entre lo material-natural y lo histórico-social, ¹⁴ necesidad objetiva e ideal (ético) subjetivo, ¹⁵ determinismo y "apertura" de la historia, ¹⁶ positividad e inversión de lo real, ¹⁷ enajenación y fetichismo. ¹⁸ Podría ensayarse una generalización diciendo que se trata, en conjunto, de todos aquellos motivos implicados de un modo u otro en el pensamiento de Marx, que resultan más decididamente reacios a su reabsorción o reducción en términos de una problemática de naturaleza científico-positiva.

El punto importante a retener aquí radica en la funcionalidad de estos desarrollos: ella consiste en poner en crisis la estructura problemática previa del autor, a saber, la perspectiva estrictamente lógico-metodológica como clave de desciframiento de la significación del materialismo histórico. Dicha perspectiva queda ahora removida de tan estratégico lugar. En las palabras de un texto típico de la fase, donde hallamos la primera formulación de esta reorientación: "Della Volpe habló de Marx como del Galileo del mundo moral... Lo que Galileo hizo en el campo de las ciencias de la naturaleza Marx lo habría hecho en el campo de las ciencias sociales. Pues bien, hoy pienso que ese razonamiento tiene que ser revisado.

⁷ Compartimos aquí el juicio de M. Fugazza acerca de "la falta de profundidad de algunas de sus afirmaciones teóricas, aun cuando sean interesantes" (*op. cit.*, p. 83).

⁸ Cf. especialmente (1968), pp. 131-34; (1969-b), p. 317; (1970), p. 30; (1974-b), p. 74; (1974-c), pp. 192-94.

⁹ Cf. (1968), pp. 110, 113-14, 133-34; (1969-b), pp. 314 y 322; (1970), pp. 30-32; (1971), pp. 94-95; (1974-b), p. 73; (1974-c), pp. 202-03.

¹⁰ Cf. (1968), sec. 6; (1969-b), pp. 313-14.

¹¹ Cf. (1968), pp. 133-34; (1969-b), 314-16 y 322; (1970), p. 30.

¹² Cf. (1968), p. 111; (1969-b), pp. 313-14, 318-19, 322; (1970), pp. 22 y 28-29; (1969-a), p. 232; (1971), p. 94.

¹³ Cf. (1968), sec. 5.

¹⁴ Cf. *ibid.*; (1970), pp. 34-35, 39-40; (1974-b), p. 69; (1969-a), pp. 265-74 y 289-91.

¹⁵ Cf. (1968), pp. 84, 108-10; (1969-b), pp. 319-20; (1970), pp. 23-25 y 40; (1974-c), p. 194.

¹⁶ Cf. (1968), sec. 3 y pp. 102-07; (1969-b), 319-20; (1970), pp. 35-40; (1971), pp. 95-96.

¹⁷ Cf. (1968), pp. 125-28; (1969-b), pp. 317-22; (1970), pp. 22, 28, 31; (1971), pp. 90-91; (1974-b), p. 75; (1974-c), pp. 190-91, 199, 203; (1969-a), pp. 228-32.

¹⁸ Cf. (1968), sec. 7-8; (1969-b), pp. 315-18; (1970), pp. 28 y 32-34; (1971), pp. 86-87 y 90-91; (1974-b), pp. 73-75; (1974-c), pp. 189-94, 198-203.

Se trata de pensar simultáneamente los dos aspectos: el Marx científico y el Marx revolucionario. La ciencia marxiana no es una ciencia pura; es una ciencia recorrida por un elemento ideológico, esto es, finalista, de proyecto revolucionario que anima a aquélla desde su fondo” (1971:94).¹⁹

Reflexionando sobre sus textos del período, podríamos distinguir, en lo inmediato, desde un punto de vista analítico, dos modalidades fundamentales de estrategia con que nuestro autor ha intentado assimilar estas dimensiones emergentes del pensamiento de Marx que venían a poner en cuestión, de un modo más o menos radical, una gran parte de los desarrollos y elaboraciones de la década precedente; teniendo siempre presente que, aunque puedan superponerse hasta cierto punto, tienden a ejercer un determinado predominio en sucesivos momentos.

1. La primera forma de abordaje que aparece, casi como prolongación de toda la etapa previa (tal como se veía reflejada, por ejemplo, en la cita del comienzo tomada de la *Introducción* de 1958), es la que podríamos denominar *naturalista*, guiada por la pretensión de encontrar alguna forma de *reducción* entre los componentes positivos y los normativos del discurso (marxiano). Resulta paradigmático en este sentido el tratamiento de la relación entre juicios de hecho y juicios de valor, basada en la curiosa idea de la convertibilidad de los enunciados normativos en descriptivos por la vía de la experiencia.²⁰ Y es algo más que un dato inte-

¹⁹ Esta dualidad tiene su antecedente primero en la elíptica afirmación acerca de “las dos vocaciones del marxismo” con que se cierra el primer tomo de *Il marxismo e Hegel* (1958, p. 247; y él mismo lo reconoce en su entrevista de 1974, p. 74; sin embargo, el carácter no resuelto del punto en 1958 se manifiesta en afirmaciones divergentes de la anterior, como en las pp. 169 y 188). En 1970, dirá Colletti: “la actitud de Marx hacia el capitalismo resulta del entrelazamiento de dos perspectivas distintas”: la “revolucionaria” y la “científica” (pp. 22 y ss.). Cf. asimismo la entrevista de 1971: “Se trata de pensar simultáneamente los dos aspectos: el Marx científico y el Marx revolucionario” (p. 94); y la de 1974-b (p. 74): “Hay dos posibles líneas de desarrollo en el propio razonamiento de Marx” (positiva y crítica); cf. también su 1974-c, donde se habla de “las dos caras de Marx: la del científico y la del filósofo” (p. 203); y el breve trabajo de 1969: “El marxismo ¿ciencia o revolución?”. Sobre este progresivo retrotraer o “interiorizar” la ambivalencia a Marx mismo por parte de Colletti, llama la atención el agudo artículo de M. Fugazza (1975), pp. 81 y 82-83.

²⁰ La sorprendente tesis de Colletti es que lo que distingue la “presencia inevitable de los juicios de valor en la misma investigación científica” respecto de las especulaciones y prejuicios del metafísico, radica en la “capacidad (de aquéllos) de convertirse finalmente en juicios de hecho”, a través de “la verificación histórico-práctica o el experimento” (1968, p. 113). Tesis respecto a la cual lo menos que puede comentarse es: 1) la confusión entre el papel de las valoraciones en la génesis o construcción del conocimiento y la presencia de juicios de valor en la estructura teórica del mismo; 2) la improbable idea de una “verificación experimental” de juicios de valor, y 3) la poco razonada equivalencia gnoseológica entre “experimento” y “práctica histórica”, que por lo demás no es distintiva de este texto (la encontrábamos también en el fragmento transcrito de su 1958, p. 188; cf. asimismo su 1959, p. 102).

resante el constatar que todo este alboroto concluye con el penoso “descubrimiento” (en 1979) de la crítica kelseniana del marxismo (de 1920) llevada a cabo en términos de la distinción tajante entre juicios de hecho y de valor.

Pero hay también intentos más sutiles, como en su breve artículo de 1969 con el sugestivo título “El marxismo: ¿ciencia o revolución?”, en donde, confrontado al problema de la *inversión* de sujeto y objeto en la relación de capital y trabajo asalariado, ensaya otorgarle un revestimiento positivo, es decir, determinable por vía de la teorización fáctica o científica: dado que toda crítica teórica de inspiración científica o materialista sólo puede proceder “en nombre y sobre la base de la realidad”, será preciso reconocer (hablando “a la ligera”, se disculpa Colletti) “que en el capitalismo hay *dos realidades*: la expresada por Marx y la expresada por los autores que él critica” (1969-b: 320). Otro intento similar en 1970, ahora bajo la forma de la presencia de *dos utopías*: la del advenimiento del socialismo y la de la perennidad del capitalismo (p. 29).

2. Una segunda “estrategia reductora” podría ser globalmente caracterizada como de tipo *determinista*, tal como se expone básicamente en su *Introducción* de 1970 referida al problema de la “teoría del derrumbe del capitalismo”:

si las verdaderas contradicciones del capitalismo son siempre contradicciones de clase, también es cierto que el desenlace del choque no se puede prefigurar por anticipado... [Pero] si el fin del capitalismo no es científicamente demostrable, la fundación del programa socialista se remite a los ideales subjetivos: se vuelve, “dicho más brevemente, una ordenación idealista del mismo, que hace que desaparezca la necesidad objetiva, es decir, su justificación basada en el curso del desenvolvimiento social y material de la sociedad”. Y a la inversa, si se demuestra científicamente ese fin como el desemboque inevitable de leyes objetivas, se está de uno u otro modo en la “teoría del derrumbe”,²¹

y la intervención humana adquiere un papel puramente accesorio.

Lo que hay detrás de este planteamiento es la idea, atractiva pero de corta proyección, esbozada en realidad desde su trabajo de 1968 sobre Bernstein (donde precisamente se trata de esta misma problemática de lo subjetivo y lo objetivo en el movimiento histórico), de resolver de una forma “científica” el problema de la dimensión ideológica o práctica, llamada también “crítica”, del marxismo. El núcleo de la idea consiste en convertir la inescindible perspectiva de valor o programática de Marx (el socialismo) en un eslabón más de una concatenación causal rigurosa y uní-

²¹ Cf. 1970, pp. 39 y 40. La cita de Colletti corresponde a Rosa Luxemburg, *Reforma o revolución*.

voca, so pena de transformarse en una supuesta “subjetividad utópica”;²² el resultado es inequívoco: la constitución de una verdadera doctrina de la *inevitabilidad* histórica.

Este tipo de estrategia se refuerza, en el mismo texto de 1970 (y aún más en el de 1979), con lo que podríamos llamar el “argumento del socialismo *científico*”. A diferencia del socialismo utópico, que “opone a la sociedad burguesa moderna un punto de vista ‘moralista’, vale decir abstractamente subjetivo” (1970: 23),

el objetivo de transformación que propone [el marxismo] no hace más que enunciar el estado de cosas histórico efectivo. No es un “deber ser” moral, sino una “necesidad” científica.

El argumento “normativo” es completamente reabsorbido y anulado... en la “descripción” y “explicación” científica (1979: 158).

La obra de Marx posee un carácter enteramente “avalorativo, *wertfrei*, es decir, exento de juicios morales o de valor” (*id.*, p. 159).

Diremos, aunque sea de paso, que en general, la contraposición entre socialismo utópico y socialismo científico tiene indudable relevancia histórico-política en el desarrollo del movimiento obrero socialista europeo, e incluso un valor teórico-político, en cuanto tematiza la inauguración de un inédito modo de relación entre teoría y política, entre conocimiento científico y programa de acción, en donde al primero queda reservado un importante papel crítico y hasta de “fundamentación”, siempre que por esto no entendamos una relación de derivabilidad o reductibilidad como tales sino, principalmente, el análisis riguroso de las condiciones de posibilidad o factibilidad.²³ Sin embargo, Colletti razona —abusivamente— como si la idea de un “socialismo científico” implicara no meramente la superación del “punto de vista ‘moralizante’, vale decir abstractamente subjetivo”, sino de la dimensión ético-política *tout court*, bajo alguna forma de *reducción* al discurso teórico-positivo.

Hay todavía una tercera alternativa: consistente en un esfuerzo por ofrecer una representación del marxismo bajo la forma de una concepción teleológica (y así sólo apenas disfrazadamente hegeliana) de la historia. No constituye, en verdad, sino una acentuación extrema de la tesis anterior que suponía un curso efectivamente *cerrado* o preestablecido, con la sola diferencia de que, donde figuraba la determinación causal-mecánica, aparece ahora la finalidad inmanente, la Meta con mayúscula, un teleologismo enteramente objetivista. Pero tal desarrollo corresponde al período más reciente, y será por tanto abordado al final de la próxima sección.

²² Cf. asimismo la referencia a este verdadero dilema en 1971, pp. 95-96, y 1974-c, p. 194.

²³ A este respecto, puede leerse provechosamente M. Sacristán (1967) y J. Muñoz (1976), sec. 5-7.

III

Del conjunto de motivos típicos de la transición enunciados en el inicio de la sección precedente, quizás el más significativo, por la reiteración con que ocurre en los textos, pero sobre todo por el lugar que ocupa cualitativamente en el razonamiento de Colletti, sea el primero, referido a la noción de *crítica*. Una elucidación del término nos llevaría seguramente bastante lejos en la historia del pensamiento filosófico, en un sendero del que tramos importantes corresponderían a Kant, ante todo (con su esfuerzo volcado hacia la crítica *a priori* de las posibilidades de la razón), pero también, en un contexto bien diverso, al círculo de los jóvenes hegelianos, al que perteneció Marx en su propia juventud (con su espíritu de confrontación con la "teoría absoluta"). Sin embargo, y a pesar de que, como ya hemos sugerido, su uso dista mucho de ser preciso y unívoco, creemos poder afirmar que el término asume en Colletti un significado nuclear que lo vincula estrechamente con lo que había constituido, hasta ese momento de su evolución intelectual, el reverso del problema, la dimensión oculta del pensamiento de Marx: la enajenación, el fetichismo, y su asociada problemática de la *inversión*. Dice Colletti, por ejemplo, en su *Introducción* de 1970:

su teoría del valor también es una teoría del fetichismo de las mercancías y del capital: teoría en virtud de la cual no sólo delimita desde afuera los confines de todo el sistema, sino que pone al desnudo su carácter de realidad trastornada y "cabeza abajo", donde las relaciones humanas se presentan como relaciones entre cosas y estas últimas, por el contrario, aparecen dotadas de cualidades sociales propias. . . Este *quid pro quo* está inscrito en el mecanismo mismo de la fábrica capitalista, donde "no es el obrero quien emplea los medios de producción, sino los medios de producción los que emplean al obrero". En resumen, la ciencia no basta porque si "en este modo de producción todo se representa subvertido", lo que resulta necesario invertir es el mismo proceso real. La verdadera ciencia, pues, no es la economía política. La verdadera ciencia es solamente la revolución.²⁴

Y refiriéndose a la juvenil crítica de Hegel:

Marx no quiere solamente el fin de la *filosofía* hegeliana del Estado; quiere la "disolución" del Estado. Y esto por entender que no sólo es "falsa metafísica" o "está cabeza abajo" la representación filosófica de la realidad, sino también la realidad misma, esto es, el particular tipo de régimen social que se expresa en el Estado representativo o gobierno parlamentario moderno (1969-b: 318).

²⁴ Cf. 1970, pp. 28 y 29. Las citas incluidas en el texto de Colletti son, por supuesto, de Marx (*El capital* y *Teorías sobre la plusvalía*, respectivamente).

¿Cómo enfrenta Colletti esta caracterización de conjunto? La tesitura básica no es ciertamente sorprendente: trata de enlazar la nueva problemática descubierta con lo que constituye desde siempre el núcleo de su reflexión filosófica: el problema de la dialéctica, la relación Marx-Hegel. La tesis central aquí es la afirmación de la unidad o inseparabilidad de la teoría del valor y la teoría de la enajenación: sea a través del análisis del trabajo abstracto (1968, sec. 7-8), o de la separación, en el seno de la mercancía, entre valor de uso y valor (1974-c, sec. 9), o bien de la doble significación de la ley del valor, como principio regulativo del sistema mercantil y como proyección fetichista de relaciones enajenadas (1970, sec. 2); complementariamente, la tesis de la naturaleza dialéctica de la teoría de la enajenación, incipiente aún en 1968,²⁵ y que se afirma progresivamente ²⁶ hasta llegar a constituir la conclusión medular en el texto que cierra la etapa,²⁷ donde se recupera el modelo clásico de estructura tricotómica: unidad esencial (originaria, inseparable) —escisión (división, separación)— reunificación; estructura isomórfica con la que se despliega bajo la idea de alienación: apropiación/enajenación/reapropiación.²⁸ Por otra parte, ya en aquella versión aparecía en las conclusiones su extensión al plano macro-histórico: unidad originaria, ruptura, recomposición; “vuelve a aflorar aquí el esquema de la filosofía de la historia de Hegel” (1974-c: 202).

En 1978, dirá Colletti —autocríticamente— refiriéndose a sus escritos previos:

A pesar de rechazar la dialéctica, mantenía en pie la teoría de la alienación y del fetichismo. Con ella repetía el error cometido, en otro tiempo, por Feuerbach y el joven Marx [en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hege*]. Marx critica a fondo la dialéctica de Hegel calificándola de “misticismo lógico”. De la dialéctica no queda nada en pie. Y sin embargo, cuando se ocupa de la moderna separación entre “sociedad civil” y “sociedad política”, entre sociedad y Estado, Marx mantiene la teoría de la alienación (política)...

Está claro que decir alienación es lo mismo que decir dialéctica. Y que ambas implican un proceso teleológico, finalista. Efectivamente, del mis-

²⁵ “Esta interpretación nuestra de la teoría del valor... asimila el ‘valor’ a los procesos de hipostatización de Hegel” (1968, p. 130).

²⁶ “La dialéctica de Hegel, en tanto que dialéctica idealista, es la reproducción filosófica de la inversión del sujeto y del objeto que tiene lugar en la realidad capitalista misma”, cita Colletti a H. Reichelt (1971, p. 91).

²⁷ “La teoría de la alienación y la teoría de la contradicción aparecen, pues, como una sola e idéntica teoría, la cual... abarca e incluye también la propia teoría del valor” (1974-c, p. 200).

²⁸ Tal modelo constituye una adquisición permanente, que reaparecerá en casi todas sus obras posteriores: en su artículo sobre la dialéctica para *El viejo topo* (1978-a, p. 49), en su intervención en el debate italiano sobre la teoría marxista del valor (p. 82), en su ensayo sobre la contradicción (1980-a, pp. 124-25), en el artículo para el centenario de Marx (1983, p. 33); en todas ellas, asimismo, ocupará el lugar central en la argumentación.

mo modo que no hay alienación más que allí donde se presupone que habrá redención, emancipación, tampoco hay escisión o contradicción dialéctica si no es en vistas a su recomposición en una unidad (1978-a: 48 y 49).

Este carácter *teleológico* de la enajenación y la dialéctica²⁹ es la fuente del “escatologismo histórico” que suele caracterizar al marxismo (1978-a: 41). ¿Se trata acaso de excluir de las ciencias sociales toda teleología? “No estoy hablando —aclara en seguida Colletti— de los fines subjetivos, indisociables de la acción del hombre [sino] de la concepción que asigna un Fin a la Historia (con mayúsculas) [donde] lo absoluto, que el cristianismo situaba en la trascendencia, se traspone al futuro” (*ib.*). El mentado elemento “escatológico” afincado en la teleología, no corresponde, entonces —si no entendemos mal—, sino al carácter de “necesidad inherente al proceso dialéctico en cuanto tal”,³⁰ carácter en el que se expresa concentradamente todo el dogmatismo y el apriorismo idealistas y que, al decir de Abbagnano, constituye precisamente la nota característica del concepto hegeliano de dialéctica, vale decir, aquella que lo distingue de todos los otros significados que se le han asignado, de Platón en adelante, en la larga historia del término (*cf.*, 1958: 23).

Ahora bien, la propuesta que quisiéramos esbozar aquí parte de la consideración de que al privilegiar esta línea interpretativa (la vinculación directa entre enajenación y dialéctica), el razonamiento de Colletti conduce al oscurecimiento de otra alternativa, que en términos muy generales podríamos formular así: la función más relevante del concepto de enajenación (en Marx) sería introducir en el discurso una dimensión propiamente *axiológica* (ligada, por cierto, a una concepción ontológica, mediante la cual se piensa al hombre básicamente en términos de la categoría de auto-producción social).³¹ Visto desde este ángulo, se transforma cualitativamente el significado del modelo triádico: básicamente, dejaría de expresar una supuesta necesidad lógica u ontológica, para referir a una “necesidad” esencialmente práctica o “ético-política”.³² En este sentido, habrá de reco-

²⁹ Esta tesis reaparece en todos los textos de estos años: 1974-c, pp. 201-02; 1977, pp. 54-55; 1978-a, pp. 41-42 y 48-51; 1978-b, pp. 82-83; 1979, pp. 160-66; 1980, pp. 124-25; 1983, p. 33.

³⁰ *Cf.* I. Meszaros (1969), p. 60.

³¹ Como en otra época lo señalara agudamente el propio Colletti (1969-a, cap. XI, espec. pp. 265-81). Pero aun allí la visión era sesgada, y su unilateralidad de entonces es pertinente para entender su evolución posterior: en una sección donde el objeto central de análisis eran los *Manuscritos* de 1844, el tratamiento se desarrollaba exclusivamente “en términos positivos, esto es, prescindiendo de la enajenación” (p. 269).

³² “Una vez establecidas las condiciones científicamente constatables de la posibilidad de una revolución —afirmaba Habermas en 1957—, para que de hecho tenga lugar esa revolución se necesita aprovechar decididamente esa posibilidad, es decir, se necesita precisamente esa praxis que una clara comprensión de la necesidad de la revolución podrá estimular, pero no determinar” (cit. por I. Fetscher,

nocerse que el momento (segundo) del “fetichismo es un trastocamiento con respecto a una esencia” presupuesta³³ (primer elemento), mientras que el tercero representa, en cuanto posibilidad de lo nuevo, la meta u objetivo, no de la Historia como tal, sino planteada como posibilidad a los sujetos histórico-sociales. A nuestro juicio, tal categoría inicial (“esencial”) constituye una noción ontológica que funge a la manera de idea regulativa, en tanto que el segundo momento asume el carácter de un enunciado normativo o evaluativo (crítico). Ambos son, en cuanto tales, irreductibles a (e inderivables de) cualquier discurso teórico-positivo (lo que es muy distinto de afirmar que no guarden relación alguna con él; de lo que se trata es de reconocer la inviabilidad de pasar de un ámbito al otro a través de una *derivación* en sentido fuerte o deductivo).

En seguida es importante añadir que cuando se habla de tal esencia (momento “inicial” en la reconstrucción formal del razonamiento) no se trata, en Marx, de una elaboración *a priori* o una categoría completa, cerrada y fija, sino que se va definiendo a la par con el análisis (crítico) de la realidad histórica existente, como lo han sostenido tantos autores,³⁴ y hasta el propio Colletti, en un texto no demasiado distante.³⁵

p. 309). “En este lugar —prosigue ahora el autor— Habermas alude a una diferencia que no siempre tienen en cuenta los marxistas ortodoxos, o que dejan en las sombras por razones propagandísticas: la diferencia entre una necesidad teórica, ‘de la ley natural’, y una necesidad práctica, ‘cuya verificación necesita de la acción consciente del hombre’” (*ibid.*).

³³ Así dice el economista italiano Marco Lippi en su obra *Marx* (1976), cit. por el propio Colletti (1978-b, pp. 81-82), si bien en una conexión radicalmente diversa. En efecto, aquí conecta con su propio leit-motiv del período, “la concepción de la historia como portadora de un Fin” (*ib.*).

³⁴ Mencionaremos aquí solamente —por su relación con otros elementos de nuestra argumentación presente; cf. nota siguiente a L. Kolakowski (1968, p. 267), y sobre todo M. Rossi (1963, cap. IV, sec. 3, espec. pp. 470-71).

³⁵ La “esencia” o “naturaleza” humana en Marx —dice— “no tiene nada en común con la esencia de las filosofías metafísicas previas”, no se le entiende al modo jusnaturalista, “sino como una *serie de relaciones...* del hombre tanto con la naturaleza como con su propia clase” (1974-a, pp. 156-59). Por lo demás, el planteamiento de esta dimensión axiológica inescindible de la noción viene sugerido por el excelente análisis de Mario Rossi de los *Manuscritos* de 1844, donde afirma que la “definición” marxiana del hombre “no se separa nunca de la continua observación de la contrapartida real que, en la sociedad de la enajenación, es decir, en la sociedad burguesa, acompaña, desvirtúa y niega el momento positivo y axiológico” (*loc. cit.*, cf. asimismo pp. 421 y 444-45); y en la misma sección afirma, con magnífica concisión, “el carácter humano, y por lo tanto axiológico, de la naturaleza humana” en la obra marxiana analizada (p. 459). Kolakowski, por su parte, señala también, en un lenguaje más analítico: “la idea de alienación exige un juicio de valor preliminar y una idea de lo que significa ‘humanidad’” (*loc. cit.*).

IV

La versión más actualizada de la representación collettiana del marxismo se completa con el esfuerzo por encontrar en los textos marxianos y marxistas puntos de apoyo para ofrecer una interpretación de conjunto que podríamos llamar “objetivista” o naturalista: en el materialismo histórico no hay un proyecto subjetivo-humano, un ideal político-social, un principio de justicia, un deber ser moral, unos juicios de valor; todo ello ha sido reemplazado por la “necesidad científica”, “el curso real y objetivo de las cosas”, “las leyes que regulan el movimiento histórico real”: “el argumento normativo es completamente reabsorbido y anulado en la ‘descripción’ y ‘explicación’ científica” (1979: 157-159). Por medio de tal operación *niveladora*, para la cual el principal apoyo es buscado en la crítica marxiana del socialismo utópico, se delinea una imagen global de la obra de Marx que resulta profundamente solidaria con una idea de ciencia, antigua en Colletti, donde la científicidad misma se ve amenazada en cuanto se concibe como “abierto”, no predeterminado, el curso del proceso histórico, así como con una noción de programa político en que éste no resulta sino en una expresión de subjetivismo en cuanto sus metas no puedan ser objeto de “demostración científica” (!). En este marco, la antigua “perspectiva crítica o revolucionaria” (1970: 22 y ss.), aquella que era posible fortalecer liberando al marxismo “de esa parte residual naturalista y positivista” (1971: 96), ha quedado definitivamente transfigurada en simple escatología, “representación del mundo hecha en función del acuerdo con el ‘deseo de salvación’ del hombre y de sus exigencias de ‘seguridad’ ontológica” (1983: 33). El muy tardío descubrimiento de la existencia en Marx de dos conceptos distintos de ciencia (la *science* anglo-sajona y la *Wissenschaft* hegeliana; cf. 1978-a: 45) no desemboca en una renovación de su programa de investigación marxológica, sino en su clausura. El largo camino recorrido en torno al problema que le obsesiona al menos desde 1969, el de la heterogeneidad interna del marxismo, la relación entre ciencia e ideología, ciencia y crítica, o como dijera alguna vez encomiásticamente, “ciencia y revolución”, ha llegado a su fin. La conclusión es sumaria. “El secreto del marxismo”, a saber, “la unidad entre teoría y práctica”, que el pensamiento contemporáneo ha realizado paradigmáticamente en la ciencia empírica como relación entre *hipótesis* y *experimento*, ha recibido en él un tratamiento perverso: el marxismo “unió justamente aquello de cuya separación nació —en un parto largo y doloroso— el pensamiento crítico moderno. Dicho de otro modo, el marxismo conjugó y mezcló ‘ciencia’ e ‘ideología’, ‘conocimiento’ y ‘esperanza’, ‘hechos’ y ‘valores’. Y figura hoy como la más ambiciosa tentativa de discutir el resultado más alto de la cultura contemporánea, lo que Max Weber llamó el ‘desencantamiento del mundo’ ” (1984: 33).³⁶

³⁶ “La perseverancia en contraponer la evidente buena ciencia presente en los textos de Marx con sus ‘nefastas’ argumentaciones dialécticas —afirma el filósofo

V

A manera de tentativo balance, resulta llamativo cómo Colletti, a lo largo de sus diversas fases de evolución y con la sola excepción de un breve período de vacilación (1968-1971), nunca se muestra capaz de razonar seria y sistemáticamente el momento ideológico en sus términos más directos y claros, como programa político, como propuesta práctica, como proyecto de intervención histórica. Y no podemos tampoco dejar de evocar aquí aquella limitación para percibir y elaborar la dimensión propiamente *axiológica* (sea que se la considere autónoma o integrada respecto a la estructura dialéctico-formal) ínsita en el concepto y teoría de la enajenación.

Lo que parece constituir la premisa básica subyacente, el elemento de continuidad entre los distintos momentos de su desarrollo, es la resistencia o incapacidad de Colletti para enfrentar derechamente y dar cuenta del elemento de valoración como tal, en última instancia de *decisión, teóricamente irreductible*, que es constitutivo de la política y, por tanto, indisoluble de la componente ideológica del marxismo. Tal restricción va de la mano, en una fase, con la verdadera *fusión* ciencia-ideología, bajo predominio de la primera y donde lo ideológico aparece casi como derivación necesaria de lo teórico;³⁷ en la otra, con la acentuación y rigidización extrema de la contraposición entre ciencia e ideología, que parece coincidir perfectamente con la demarcación entre razón e irracionalidad, y que aparece, en términos globales, más consistente con una concepción orgánicamente cientificista o positivista. Ya que, bien miradas las cosas, la aceptación de la distinción entre lo fáctico o descriptivo y lo normativo o prescriptivo, en cuanto máxima o principio *regulativo* para la construcción y evaluación epistemológica del discurso teórico, de ningún modo obliga a sustentar tesis alguna acerca de la esterilidad, o de la necesidad de exclusión, ni siquiera de la prescindibilidad, en sentido estricto, de los elementos meta-teóricos, vale decir, aquellos que son empíricamente irreductibles.

En términos positivos, el mayor aporte que nos deja la obra de Colletti es su aguda y sistemática profundización del programa dellavolpiano de investigación en torno a la relación entre dialéctica y materialismo, que **culmina** en su contundente crítica de la dialéctica (hegeliana) en cuanto teoría de la contradicción, y su brillante ataque contra sus derivaciones

español Félix Ovejero (1984), pp. 62 y 63— nos dice más acerca del tono 'academicista' de una lectura que de la existencia de verdaderos problemas de consistencia... Es precisamente la falta de creencia por parte de Marx en el determinismo tecnológico y en la omnipotencia del capitalismo lo que está detrás de su permanente vinculación al movimiento revolucionario, vinculación que es el motivo último de (su) tarea científica."

³⁷ Recordemos un significativo pasaje de un texto de la época: "creo que la mejor táctica es la que posee la ciencia, aquella verdadera ciencia que tiene la capacidad de producir la táctica justa, la técnica adecuada" (1959, p. 38).

e incrustaciones en el marxismo, comenzando por el "Diamat" pero también en sus manifestaciones de corte romántico.³⁸ Valga señalar, no obstante, aunque sea solamente de paso, que no se puede aceptar sin más que tal dirección de trabajo, por fundamental que pueda ser en relación con la estructura gnoseológica del pensamiento de Hegel, agote el problema de la dialéctica, al cual aparecen también íntimamente asociados, al menos, la idea de la totalidad orgánica, así como, en forma no enteramente independiente, el problema de la captación o comprensión del individuo o lo singular histórico, marginado como tal del ámbito de la racionalidad científica.³⁹ Esto puede servir asimismo para tomar con cautela los intentos de plantear en términos excesivamente parciales (unidimensionales) el problema de la relación entre Hegel y Marx, y el sentido y efecto de la influencia del primero sobre la obra teórico-científica del segundo.⁴⁰

En la medida en que nuestra lectura de Colletti haya logrado dar, aunque sea aproximadamente, con algunos de los ejes centrales de su producción, podemos afirmar que la principal enseñanza, ahora en términos críticos, que nos deja, es la inviabilidad de interpretar la obra de Marx, ni siquiera la más estrictamente teórica (*El capital*), como una pieza de ciencia pura. Tal perspectiva no constituye, vista en un terreno suficientemente amplio, sino una variante del talante básico con que las filosofías de inspiración analítica han enfrentado (y descalificado) el pensamiento de Marx: la crítica con base en "no ser éste teoría pura o a no limitarse explícitamente, por el otro lado, a ser pura (y edificante) filosofía moral" (cf. J. Muñoz, 1976: 114).

Desde un punto de vista básicamente metódico, que es el que usamos aquí (es decir, dejando de lado los condicionamientos histórico-sociales del tipo de los que se expresan en la particular evolución del proceso político contemporáneo en Europa y en Italia, como aparecen reflejados, por ejemplo, en el interesante trabajo de M. Fugazza, *op. cit.*), podemos decir que el curso de esta accidentada y restrictiva evolución de su pensamiento y su investigación filosófica expresa sustancialmente, en este plano lógico-epistemológico, la incapacidad de Colletti para distinguir con claridad los dos órdenes del discurso que se entrelazan constantemente en la obra de Marx: el teórico-positivo, científico, y el práctico-valorativo, programático. Dicho con más rigor, tal incapacidad no manifiesta sino su derrota en la brega teórica para construir una hipótesis básica, clara, consistente y comprensiva, acerca de aquella diversidad o heterogeneidad interna del propio marxismo que, una vez apropiada, le hubiera liberado, quizás desde el comien-

³⁸ Cf. espec., en su (1969-a), el polémico cap. X ("De Bergson a Lukács"), y la entrevista de 1971, dedicada principalmente a la escuela de Frankfurt.

³⁹ Sobre este punto ha llamado la atención M. Sacristán: (1964), p. XXII; (1978), pp. 75, 94; pero espec. (1970), pp. 159-70. Cf. asimismo H. Zelman (1982).

⁴⁰ Cf. al respecto el excelente trabajo de M. Sacristán (1978), publicado posteriormente también en México (ver bibliografía).

zo, de las pretensiones omnicomprendivas del cientificismo, manifiesto aún en la (supuesta) necesidad de hallar una calidad y/o una justificación científicas a *todos* los componentes o elementos de la obra de Marx.⁴¹

Enfocados desde este ángulo, prácticamente todos los momentos o instancias que hemos recorrido a lo largo de su desarrollo no muestran sino la equívoca y aun confusa representación de la articulación de estas dimensiones irreductibles constitutivas del pensamiento de Marx: la desacreditación radical de toda concepción del mundo,⁴² las inexplicablemente largas vacilaciones acerca de la científicidad de la categoría de la enajenación (compárese, por ejemplo, con la nítida percepción de su intrínseca dimensión axiológica en toda la tradición lukacsiana), la (asombrosa) ingenuidad con que en su momento pretende resolver el problema de la relación entre juicios de hecho y juicios de valor, la posterior recaída en una interpretación rígidamente objetivista (sea en variante determinista-mecanicista o teleológica hegeliana). Pero “desfacer todos estos entuertos” hubiera requerido sin duda una visión de conjunto, a la vez diferenciada y articulada, reconociendo que el resultado de la obra de Marx es una *síntesis*, y que en ella la dimensión histórico-política, o simplemente *práctica* (en el sentido marxiano, crítico, del término), ocupa el lugar axial. Para decirlo limpiamente, con una concisa formulación de Manuel Sacristán:

Síntesis de filosofía (formulación de los fines), economía (estudio de la realizabilidad de los fines) y política (estudio y realización de la práctica inmediata al servicio de los fines). Si en vez de esta síntesis, nunca perfecta, siempre en realización, se toma el *sistema* perfecto de tesis filosóficas, económicas y político-científicas de Marx y se entiende que esto es el marxismo, el sarcasmo de Marx repetirá: “Yo no soy marxista” [1973: 307].

⁴¹ Lo que Sacristán llamaba, en su crítica a Lukács (1967), el vicio del “racionalismo naturalista”; comparar con la crítica, en el extremo opuesto (la reducción de racionalidad a deductividad), de la falacia del *formalismo neopositivista*, en el trabajo sobre Bertrand Russell (1970-a, espec. pp. 172-73). Estas categorías son esclarecedoras para el planteamiento del problema de la relación entre componentes positivos y programáticos del discurso. Desde otro ángulo, pero en una perspectiva convergente con la aquí sostenida, es estimulante también la lectura del breve artículo de Eduardo Rabossi (1983), “Marcos filosófico-políticos” (pp. 123-33), donde se tematiza de un modo muy sugerente la relación entre conocimiento, ética y política.

⁴² Particularmente en su mencionado debate con Valentino Gerratana (1959), a propósito de la Introducción de 1958 a los *Cuadernos filosóficos* de Lenin.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, Nicola *et al.*: (1958), *La evolución de la dialéctica*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1971.
- Althusser, Louis *et al.*: (1978), *La crisis del marxismo*, Univ. de Puebla, 1979.
- Colletti, Lucio: (1958), *El marxismo y Hegel*, México, Ed. Grijalbo (T. y P. núm. 30), 1977.
- Colletti, Lucio: (1959), "Cartas a V. Gerratana", en L. Colletti y V. Gerratana (1959), pp. 33-49 y 81-109.
- Colletti, Lucio: (1968), "Bernstein y el marxismo de la Segunda Internacional", en L. Colletti (1960-c), pp. 71-159.
- Colletti, Lucio: (1969-a), *La dialéctica de la materia en Hegel y el materialismo dialéctico*, México, Ed. Grijalbo (T. y P. núm. 37), 1977.
- Colletti, Lucio: (1969-b), "El marxismo: ¿ciencia o revolución?", en L. Colletti (1969-c), pp. 313-22.
- Colletti, Lucio: (1969-c), *Ideología y sociedad*, Barcelona, Ed. Fontanella, 1975.
- Colletti, Lucio: (1970), "Introducción" a L. Colletti (ed.): *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Ed. Siglo XXI, 1978, pp. 13-45.
- Colletti, Lucio: (1971), "Marx, Hegel y la Escuela de Frankfurt" (entrevista de *Rinascita*, mayo), en L. Colletti (1974-d), pp. 78-96. También en G. della Volpe *et al.* (1962-71), pp. 105-21.
- Colletti, Lucio: (1974-a), "Introducción a los primeros escritos de Marx", en L. Colletti (1974-d), pp. 97-162.
- Colletti, Lucio: (1974-b), "Una entrevista político-filosófica", por Perry Anderson, en *Cuadernos Políticos*, núm. 4, México, Ed. Era, abril de 1975, pp. 62-82.
- Colletti, Lucio: (1974-c), "Marxismo y dialéctica", en L. Colletti (1974-d), pp. 163-203.
- Colletti, Lucio: (1974-d), *La cuestión de Stalin*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1977.
- Colletti, Lucio: (1977), "El marxismo después de la Segunda Guerra Mundial", en *Materiales*, núm. 6, Barcelona, nov. de 1977, pp. 45-56.
- Colletti, Lucio: (1978-a), "El problema de la dialéctica", en L. Althusser *et al.* (1978), pp. 35-53 [Tomado de *El viejo topo*, núm. 20, mayo de 1978].
- Colletti, Lucio: (1978-b), "Valor y dialéctica en Marx", en P. Garegnani *et al.* (1978), pp. 75-83.
- Colletti, Lucio: (1978-c), *Tra marxismo e no*, Bari, Ed. Laterza, 1979.
- Colletti, Lucio: (1979), "Kelsen y la crítica del marxismo", en L. Colletti (1980-b), pp. 157-75.
- Colletti, Lucio: (1980-a), "Contradicción lógica y no contradicción", en L. Colletti (1980-b), pp. 89-153.

- Colletti, Lucio: (1980-b), *La superación de la ideología*, Madrid, Ed. Cátedra, 1982.
- Colletti, Lucio: (1983), "Marx: ¿profeta o científico?" (pp. 32-35), en *Vuelta*, núm. 79, México, junio de 1983.
- Colletti, Lucio y V. Gerratana: (1959), *El marxismo y Hegel*, Univ. de Puebla, 1977.
- Della Volpe, Galvano *et al.*: (1962-71), *La dialéctica revolucionaria*, Univ. de Puebla, 1977.
- Fetscher, Iring: (1967), *Carlos Marx y el marxismo*, Caracas, Ed. Monte Ávila, 1974.
- Fugazza, Mariachiara: (1975), "Los dos Marx de Colletti", en *Cuadernos Políticos*, núm. 11, México, Ed. Era, enero de 1977 (pp. 80-86).
- Garegnani, Pierangelo *et al.*: (1978), *Debate sobre la teoría marxista del valor*, México, Siglo XXI (PyP 82), 1979.
- Kolakowski, Leszek: (1968), *Las principales corrientes del marxismo* (vol. I: Los fundadores), Madrid, Ed. Alianza, 1980.
- Meszaros, Istvan: (1969), *La teoría de la enajenación en Marx*, México, Ed. Era, 1978.
- Muñoz, Jacobo: (1975), "¿Qué es el marxismo?", en J. Muñoz (1983), pp. 74-107.
- Muñoz, Jacobo: (1976), "Filosofía de la praxis y teoría general del método", en J. Muñoz (1983), pp. 108-42.
- Muñoz, Jacobo: (1983), *Lecturas de filosofía contemporánea*, Barcelona, Ed. Ariel, 1984.
- Ovejero, Félix: (1984), "Nuevas perspectivas del marxismo anglosajón", en *Mientras tanto*, núm. 20, Barcelona, oct.
- Rabossi, Eduardo *et al.*: (1983), "Liberalismo y conocimiento científico", en *Crítica y Utopía*, núm. 12 (monográfico), B. Aires, CLACSO, mayo de 1984.
- Rossi, Mario: (1963), *El joven Marx* (La génesis del materialismo histórico, vol. II), Madrid, Ed. A. Corazón, 1971.
- Sacristán, Manuel: (1964), "La tarea de Engels en el *Anti-Dühring*", en F. Engels, *Anti-Dühring*, México, Ed. Grijalbo, 1964 (pp. VII-XVIII). Reproducido en M. Sacristán (1983), pp. 24-51.
- Sacristán, Manuel: (1967), "Nota sobre el uso de las nociones de razón e irracionalismo por G. Lukacs", en *Materiales*, núm. 1, Barcelona, enero de 1977 (pp. 17-33). También en M. Sacristán (1983), pp. 85-114.
- Sacristán, Manuel: (1970-a), "Russell y el socialismo", en A. Ayer, *Russell*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1973 (pp. 161-92). También en M. Sacristán (1983), pp. 191-228.
- Sacristán, Manuel: (1970-b), "El filosofar de Lenin", en M. Sacristán (1983), pp. 133-75.
- Sacristán, Manuel: (1973), "Karl Marx", en M. Sacristán (1983), pp. 277-308.
- Sacristán, Manuel: (1978), "El trabajo científico de Marx y su noción

- de ciencia”, en *Mientras tanto*, núm. 2, Barcelona, enero de 1980 (pp. 61-96). Reproducido en M. Sacristán (1983), pp. 317-69. También en *Dialéctica*, núm. 14-15, Univ. de Puebla, dic. de 1983 (pp. 101-41).
- Sacristán, Manuel: (1983), *Sobre Marx y marxismo*, Barcelona, Ed. Icaria, 1983.
- Zemelman, Hugo: (1982), *Historia y política en el conocimiento*, México, FCPS (UNAM), 1983.

NOTA: Las obras se citan por el año de su redacción o su edición original.